

# Sólo tres citas

...y una mentira

Victoria  
Vilchez



# Solo tres citas

...y una mentira

Victoria  
Vilchez

**T**ITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1ª. edición Febrero 2020

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2020 by Victoria Vílchez

All Rights Reserved

© 2020 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.titania.org](http://www.titania.org)

[atencion@titania.org](mailto:atencion@titania.org)

ISBN: 978-84-17780-66-1

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Al amor, al de verdad, imperfecto pero real.

## Prólogo

Cuenta la leyenda que originalmente los humanos poseían cuatro piernas, cuatro brazos, dos rostros y una sola cabeza, y en ellos convivían el sexo femenino y masculino; pero Zeus, sintiéndose amenazado por la fortaleza de estos seres, les lanzó un rayo y los dividió en dos, condenándolos a vivir sin su mitad y a vagar en busca de ella para estar completos.

Podría llegar a sonar romántico si no fuera porque, como veréis, mi mejor amiga se había tomado dicha leyenda como una especie de credo y parecía empeñada en que yo también formase parte de su secta.

Por cierto, soy Nadia, una mujer independiente, extrovertida, algo friki y con bastante carácter. Y no, contrariamente a lo que pensaba mi amiga, no quería encontrar al hombre de mi vida.

Y sí, ya sé lo que estáis pensando: que esta es la historia de cómo termino tragándome mis propias palabras...

## 1

—No, Julia, no voy a dejar que me prepares ni una sola cita a ciegas más.

Julia, mi mejor amiga y vecina, vivía a tres puertas de mí. Era más alta, más guapa y más delgada que yo. También estaba loca, aunque en ese detalle nos parecíamos bastante y no sabría decir a quién de las dos se le ocurrían las ideas más disparatadas. El caso era que, desde que había encontrado al «amor de su vida» un par años atrás, su afán se concentraba en que yo también lo hiciera.

Al principio me lo había tomado como un juego, una más de nuestras locuras de las que luego nos reíamos frente a una taza de café y una porción de tarta. Pero con el tiempo la cosa había empezado a salirse de madre y había comenzado a encontrarme a tíos solteros hasta en la puerta de casa. Esa condición —la de la soltería— no siempre se cumplía, no creáis. Así que allí estaba yo, armada de paciencia, tratando de explicarle a mi amiga que aquello tenía que acabarse.

—En algún momento darás con el adecuado —replicó, como si enamorarse fuera cuestión de acertar con la talla de los pantalones; cosa harto difícil hoy día, por cierto.

Hacía tiempo que me había reconciliado con mis curvas y con mi cuerpo en general. También con mi pelo, de un pelirrojo muy llamativo que me había valido más de un mote en el colegio, pero que ahora consideraba uno de mis pun-

tos fuertes. Ya me lo había dicho mi madre por aquel entonces —qué poco caso le hacemos a nuestros progenitores y cuánta sabiduría acumulan—. Solía argumentar que el color que en ese momento tanto me disgustaba sería la envidia de otras mujeres más adelante. No sabía si provocaba envidia o no, pero a mí me encantaba.

Ese día lo llevaba recogido en una larga trenza que caía sobre mi hombro izquierdo y me llegaba por debajo del pecho. No quería ver unas tijeras ni en pintura, y las pocas veces que acudía a la peluquería entraba por la puerta repitiendo la cantinela de «solo las puntas, por favor».

Mi falta de interés a la hora de encontrar pareja no tenía nada que ver con mi aspecto ni con algún que otro kilito de más, tampoco era tímida ni me costaba entablar una conversación. Lo único que me pasaba era que no me apetecía. Gozaba de total libertad, entraba y salía de mi casa —pequeña, pero solo mía— cuando me daba la gana, y hacía lo que quería y cuando quería. Resumiendo: no necesitaba a un hombre para sentirme realizada ni para encontrarle sentido a mi vida.

—Solo una más, por favor —suplicó Julia.

Sí, a las súplicas habíamos llegado, pero me mantuve firme.

—No.

Sabía que su intención era buena, pero había entrado en un bucle destructivo.

—Prometo que me esforzaré al máximo para elegirlo.

—¿Quiere decir eso que hasta ahora no lo has hecho?

Me dio un empujoncito en el hombro y a punto estuve de devolvérselo, pero con un poco más de entusiasmo. Me contuve por muy poco. En realidad, reprimí el instinto ase-



sino solo porque Julia era la mejor amiga que se podía tener. Muy pesada, eso sí. Había estado a mi lado en mis peores momentos y eso era algo que no olvidaría nunca.

—Uno, solo uno —repitió, alzando el dedo índice frente a mi rostro.

Yo hice lo mismo, pero con el dedo corazón.

—¿Te vale este?

Nos reímos juntas; si algo solíamos hacer, era eso, reír como desquiciadas.

—Está bien, hagamos un trato.

—Los tratos suelen ser acuerdos ventajosos para ambas partes y los que hago contigo siempre terminan metiéndome en alguna situación rocambolesca.

Resopló, pero continuó erre que erre. Señor... ¡Bendita cabezonería!

—Una última cita con el tipo que yo elija. Si sale mal, no volveré a mencionar el asunto ni me meteré más en tu vida amorosa.

Cualquiera con dos dedos de frente se hubiera negado, pero yo solía ser un poco kamikaze y, durante un momento, la posibilidad de que Julia desistiera de sus intentos de celestina fue un reclamo poderoso. Si algo tenía mi amiga, era palabra; siempre mantenía sus promesas. Si tragaba una vez más, me dejaría tranquila.

—No puedo creer que estés negociando con mis sentimientos —lloriqueé para ablandarla.

No funcionó.

—Tengo algunas condiciones que debes cumplir.

—Ya decía yo que era muy bueno para ser verdad.

Ignoró mi sarcasmo.

—Tienes que tratarlo bien y darle una oportunidad real.

No me vale que saques tu mala leche para espantarlo —comenzó a enumerar—. Tendréis tres citas... tres. Cualquiera puede tener un mal día. Tú misma, por ejemplo —señaló, mostrándome una espléndida sonrisa—. Si después de tres citas no quieres saber nada de él, eres libre de plantarlo y yo colgaré las alas.

—¿Qué alas?

—Las de Cupido —repuso, agitando las pestañas con expresión risueña.

Ahora fui yo la que resoplé.

—¿Te das cuenta de que no vas a encontrar a un tipo al que no le importe que me dé atracones de Netflix algunos fines de semana? —inquirí, por oponer algo de resistencia.

—Pan comido.

Arqueeé las cejas. Desconfiaba de ella, mucho, pero no se dio por aludida. Miró el reloj. Nuestros desayunos se alargaban cada vez más.

—Me lo pensaré —repuse, mientras ella comenzaba a recoger la mesa.

—Aceptarás —sentenció—. ¿Alguna petición?

Me reí por lo bajo porque me lo había puesto demasiado fácil.

—Ya que estamos pidiendo... Una buena manguera será bienvenida.

Estallamos en carcajadas al mismo tiempo.

## 2

Durante los siguientes días, Julia no mencionó más nuestro presunto acuerdo, y digo «presunto» porque yo no estaba aún muy segura de querer aceptarlo. Pero no era tan ilusa como para pensar que iba a dejarlo correr. La conocía demasiado bien para saber que debía estar tramando algo muy muy gordo. Era como la versión rubia de Maquiavelo.

Mis sospechas se materializaron en la puerta de mi casa justo una semana después de aquel fatídico desayuno. Tocaron al timbre y, al abrir, me encontré a un tiarrón de metro ochenta que parecía haberse escapado de una agencia de tíos buenos a domicilio, si es que eso existía.

Fruncí el ceño, valorando la posibilidad de que a Julia le hubiera dado por contratar un *stripper* para tomarme el pelo, no sería la primera vez...

El tío sonrió y me mostró una sonrisa luminosa. Mi mirada fue de sus labios a la cesta de Navidad que cargaba con ambas manos. En cuanto me percaté de ese detalle, se me ocurrió que tal vez aquello no fuera cosa de Julia, sino de Pedro, mi jefe, que a decir verdad ese año se había «olvidado» del aguinaldo. Pero el tipo, con sus dientes de anuncio y sus profundos ojos azules, me tendió la cesta y dio al traste con la posibilidad de que mi jefe se hubiera repuesto de su ataque de tacañería.

—Me envía Julia —aseguró, tosiendo previamente para aclararse la garganta.

Gracias a su turbación fui consciente de la escasez de mi atuendo y bajé la vista para comprobar que, efectivamente, tan solo llevaba un pantaloncito corto con palmeras y tuca-nes que había pillado de oferta ese verano y que empleaba para dormir. Al menos en la parte superior lucía una camiseta que tapaba lo necesario. Pero, sin duda, mis muslos estaban expuestos orgullosos y sin complejos. Algo de lo que también era consciente aquel tío, porque, al levantar la mirada, lo pillé observándolos con descaro.

Fui yo la que tosí entonces para atraer su atención y, cuando la tuve, descubrí que ¡se estaba ruborizando! Aquello seguro que era una broma de Julia. Me jugaba el bollito de Nutella del desayuno.

—Te envía Julia —repetí, cruzándome de brazos y apoyándome en el marco de la puerta sin rastro alguno de vergüenza.

Él asintió, con aquella cesta repleta de turrones y mazapanes aún entre las manos, y yo me dediqué a imaginar cómo lo habría engañado mi amiga para que me la trajera a casa.

—Y eso es para mí, supongo.

Otro asentimiento. Cualquiera diría que un hombre con semejante planta sería un poco más hablador.

—Pues gracias —le dije, y me hice por fin con la cesta.

Acto seguido, le cerré la puerta en las narices.

En mi defensa diré que aún no me había tomado el primer café de la mañana y que sentí remordimientos de inmediato. Ni siquiera había aceptado ser parte de aquella locura y Julia ya se había venido arriba, cesta navideña incluida. Aunque eso último era un detalle, la verdad.

Valoré la idea de que, al abrir la puerta de nuevo, ya se

hubiera marchado. Podría decirle a Julia que carecía de sentido del humor y que por ahí yo sí que no pasaba. Sin embargo, lo encontré allí plantado. Su sonrisa era algo más insegura y me dio un poco de pena que hubiera sido víctima de mis salidas de tono.

—Ya me advirtió Julia que tenías un carácter un poco... peculiar —comentó, y mi ceja izquierda se elevó interrogante.

Ya hablaría con mi amiga acerca de sus descripciones sobre mí. Por lo pronto, sentía algo de insana curiosidad.

—Julia a veces no sabe lo que dice ni lo que hace —señalé, porque aquel tipo no podía conocer demasiado bien a mi amiga si se había dejado embaucar por ella. Aunque, pensándolo bien, yo también lo había hecho.

—¿Puedo pasar? —inquirió, y su imagen de chico tímido se fue al traste.

Mi sequía sexual no duraba tanto como para no saber cómo iba aquello. Yo lo dejaba entrar... Ji, ji... Ja, ja... «Tómame algo»; te arranco la ropa y tú me la arrancas a mí —a veces ni eso—. Y acabas dándote un revolcón desenfundado. Sexo del bueno en el mejor de los casos, lo cual, por desgracia, no se daba siempre. Luego llegaba el momento incómodo en el que no sabías muy bien qué hacer a continuación.

No era que tuviera la certeza de que él deseara llevarme a la cama, pero, siendo cosa de Julia, había un ochenta por ciento de posibilidades de que así fuera, un ochenta y cinco tal vez. Mi amiga tenía una especie de radar para citarme con tipos sedientos de sexo.

—No. No es un buen momento —expliqué, suavizando mi negativa inicial, pero eso no pareció desalentarlo.

—¿Podríamos quedar entonces otro día para un café? Si te apetece, claro.

La última parte me dio a entender que él también trataba de normalizar la situación. No sé si porque Julia le habría dicho que todo aquel experimento era algo así como una última oportunidad para mí o directamente que yo era una causa perdida.

—Voy a estar ocupada durante el fin de semana. Maratón de Netflix —aclaré sin pudor.

Me encantaba salir con Julia a cenar, a dar un paseo o a dejarnos la piel en cualquier garito en el que pusieran buena música y pudiéramos demostrar nuestra destreza en lo que al baile se refiere. Sin embargo, quedarse en casa, meterse bajo una manta y perder la noción del tiempo devorando un capítulo tras otro de cualquier serie estaba a otro nivel, sobre todo en invierno, cuando las temperaturas nocturnas de Madrid rondaban los cero grados. En esas noches, salir de fiesta estaba sobrevalorado.

—¿*Stranger things*?

—Voy al día —repliqué, comprendiendo lo que preguntaba—. *Vikings*. La estoy viendo entera de nuevo.

El tipo me miró con renovado respeto.

—Oh, joder, es de mis preferidas.

¿Más casualidades? No lo creo. ¡Por Dios! ¡Seguro que Julia le había dado instrucciones! Me planteé de nuevo si no sería un profesional, uno de esos chicos de compañía. Mi mejor amiga no tenía límites. Igual creía que, si dejaba en manos expertas lo de hacerme pasar un buen rato, yo no le haría cumplir su parte del trato.

—Sí, venga ya —repuse, poco dispuesta a tragarme su historia.

—¿Bromeas? Tercera temporada. La escena de la iglesia en París —terció él, evidentemente animado—. Fue épica.

Bueno, al menos sí que había visto la serie. Esa era también una de las escenas que más me habían gustado a mí. No obstante, continuaba sin fiarme. Las jugarretas de Julia sí que eran épicas.

—Me pensaré lo del café —cedí finalmente, porque antes quería hablar con mi amiga.

—¿Esta tarde te va bien?

Titubeé. Diciembre era un mes mortal cuando trabajabas de contable, aunque enero no sería mucho mejor.

—Lo más probable es que llegue tarde.

—Una cena entonces. ¿Te va bien a las nueve?

Me dedicó otra de esas sonrisas brillantes.

—Mejor a las diez —lo corregí por inercia. Empezaba a creer que estaba perdiendo el control de la situación.

—A las diez entonces.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y se alejó en dirección a las escaleras. Aproveché para darle un repaso similar al que él me había dado a mí, salvo por la parte en que se ruborizaba, a mí me quedaba lejos la época en la que mis mejillas enrojecían. El tipo tenía la espalda ancha y musculosa. Estaba segura de que era de los que se machacaban en el gimnasio día tras día, porque su trasero parecía igual de fibroso y también respingón, justo como me gustaban.

No, el enviado de Julia no estaba nada nada mal.